

SAN JOSE, COSTA RICA

30 de Marzo de 1914

Año IV



Núm. 78

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



MARIO SANCHO

FOT. HERNÁNDEZ

DE LOS JOVENES ESCRITORES DE COSTA RICA

ALCO, ZELEDON
COMPañIA * *
* * * EDITORES

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correó — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó, Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudia la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBEE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 78

Una silueta amiga

El perfil de antiguo abate: hacia atrás el cabello que la amplia frente va desterrando poco a poco; vagarosa luz crepuscular en los ojos inquietos siempre fijos en la tierra cual si buscasen las huellas de un ensueño; algo entreabiertos los labios por la ironía, cruza Mario Sancho a través de la vida con un torbellino de ideas en la cabeza y un rollo de papeles bajo el brazo, lleno de esa sabia alegría de los hombres que tienen las plantas en el presente dispuestas para regresar hasta los dominios de las civilizaciones muertas, sin temor de quedar rezagados a la hora de emprender rumbo a lo desconocido, al porvenir, vientre fecundo en milagros.

Alma de relieves violentos como una marqueta de Querol, sabe odiar y presentar el pecho a sus enemigos con aquella fiera de los guerreros de Flandes, y, a la vez, posee para los suyos—a más de una franqueza brutal, soberbiamente brutal—millares de historias que ensarta en picarescos consejos a la manera de los amables confesores de antaño, cortesanos, galantes, que ilustraban con sonrisas insidiosas la gracia de sus sátiras.

El pensamiento de Mario Sancho, en el que se refleja siempre la misma figura, resume la pureza y la fresca claridad del agua prisionera en una fuente gótica a cuyo borde está él asomado; agua del Nilo donde se recortaban los ibis sagrados de severas trazas, y purificaron sus pecados los anacoretas de luengas barbas, caídos en tentación; agua del Cefiso a la que robaron las ondulaciones las canéforas cuando fueron a rociar el cesto de rosas y mirthos, para ofrecerlos a los filósofos que discutían en los pórticos al entrar la noche, descomponiendo, como el ocaso, la luz en colores; agua soñolienta del Arno que prolonga las visiones del

peregrino infernal; agua temblorosa del Rhin, crencha encanecida de la bruja que duerme recostada en la grave Teutonia, soñando leyendas de Walkirias envueltas en el sedoso manto de sus melenas; agua reventada en las costas bretonas para convertirse en fantasmas de neblina que cantan con voz ancestral y ponen en los ojos de los pescadores inquietudes nómadas; agua leda de Versalles, rota en pedazos, que obligó a cerrar el abanico a las marquesas de cabeza empolvada y dió secretos cabalísticos a príncipes rendidos de mirar enigmático...

Porque eso es nuestro amigo: una cultura ecléctica, agua recogida en todas partes para su fuente, en Egipto y en el Atica, en Alemania y en Lulecia, pero más que nada, agua propia que se desborda con fragor de torrente, o bien se tranquiliza bajo la quieta penumbra de las frondas. Así lo vemos combatir, abrazado el broquel, bellisono el quijotesco lanzón, contra gobiernos inmorales sin brújula ni horizonte; meditar interrogante frente a los ojos de la Esfinge de los cuales el Tiempo, con filoso bisturí, quita la nube que les impedía atrapar el rayo del sol; agregarse al coro de niños helénicos en época de vendimias; y llevar el pan de su buen humor a la boca de los prisioneros. Nadie mejor representaría nuestra juventud si la tuviéramos, que aquí todos somos viejos desde que el uso de razón nos indica un puesto donde hemos de encontrar la ración de harina y miel en el banquete vergonzoso del Erario Público. Rebelde, hace de sus tendones retorcidos un látigo para fustigar las espaldas de los mentidos grandes. Artista, labra, con herramientas de Francia, las maderas preciosas de nuestros bosques salvajes.

FRANCISCO SOLER

EGOISMO, novela costarricense, por Claudio González Rucavado. Un tomo rústica. Precio: **un colón**. De venta en la **LECTURA BARATA**, de Falcó, Zeledón & Cía., esquina frente a la Administración del Correo.

El pan de los presos ¹

SEÑORES:

Los maestros de la Sociedad de Instrucción y Recreo, animados por un sentimiento de simpatía hacia vosotros y en el deseo de proporcionaros un rato de solaz, han acertado en todos los preparativos de esta hermosa fiesta, menos en elegir la persona que debía ofrecerla. Se ha discernido encargo tan simpático al menos a propósito para cumplirlo convenientemente, de seguro, en la confianza de que la intención de este agasajo, por clara y por sencilla, no necesita hábiles declamadores que la expliquen o encazcan. Tal vez pensaron mis buenos amigos, los maestros, que cuando un pensamiento común reúne las inteligencias y un mismo anhelo posee los corazones puede comisionarse a cualquiera, aun al menos apto, para expresar lo que todos están pensando y sintiendo, lo mismo que la atmósfera cargada de electricidad, deja caer en el parpadeo de los relámpagos el dardo de oro de la tormenta no importa dónde, ya sea en la aguja gótica de un gracioso campanario o en el rústico techo de un cortijo.

Quizá hayan recordado que fué un chiquillo anónimo quien en la Catedral de Milán puso a todos de acuerdo y en paz, designando al individuo que debía ocupar la suprema sede episcopal, cuando después de las más terribles disputas y de los más fieros enojos del pueblo, pareció flotar sobre las cabezas de la multitud una brisa de concordia que iba susurrando en todos los oídos el mismo nombre conciliador: San Ambrosio, autor de los más hermosos himnos católicos y de la más admirable conversión de los tiempos. Me parece, señores, que aquí se trata de algo menos que de elegir a un obispo, y sólo asistido de esta con-

soladora reflexión, me resuelvo a hablar yo, que soy quien me he sacado la rifa de esta tempestad de carifios.

No esperéis, sin embargo, un hermoso discurso, pues de los trastes de una modesta guitarra nunca he oído decir que se puedan sacar los registros selemnes y los sonos armoniosos y augustos de un órgano de catedral. Yo lo siento tanto como vosotros. Hubiera querido expresaros la cordialidad y el buen deseo que me traen aquí, y nunca como ahora echaré tan de menos las deficiencias de mi palabra, incapaz de traducir los sentimientos del ánimo con el vigor y la intensidad originales.

En esta hora de regocijo y esparcimiento, que a vosotros ha de parecer de sol, como las que aprovecháis ciertas mañanas en el patio de esta casa, será mi conversación la nube oscura que os oculte los primores y las dulzuras del cielo. Pero no os aflijáis, amigos míos, que mi discurso, como nube que es, pasará ligero, para dar paso a los lindos versos y más lindos encantos de una amable señorita y al obsequio delicioso de músicas y voces que os ofrecen un grupo de pequeños escolares, quienes a estas horas conocen—para gloria de sus padres y honra de Costa Rica,—todos los secretos del silabario.

Algo tengo que decir que sea como la buena palabra con que es costumbre hacer un regalo. No será por cierto una disertación espléndida sobre la caridad, que no es de mi gusto ni del Evangelio tampoco, nombrarla siquiera cuando está uno cerca de su prójimo, pues ella, lo mismo que la inocencia, siempre se ignora cuando de verdad existe y no recorre jamás la senda de los corazones sin una venda en los ojos, como pintan al amor. Tampoco tendré la funesta ocurrencia de hacer en esta ocasión de solaz una plática moralizadora, pues pienso

¹ En la fiesta ofrecida por los maestros de esta ciudad a los presos.

que para este género de ejercicios no hay sino una sola cátedra, donde se haga perdonar el profesor su prédica: la vida, y un solo medio de adoctrinar a las gentes: el ejemplo. Los favores inmediatos de la suerte que me han valido hasta ahora para evitar el escollo de la falta y los rigores del castigo, no quiero que me sirvan también para erigirme en estos momentos sobre las desgracias e infortunios de mis prójimos, con un puñado de palabras abstractas y sonoras, sacadas las más de las veces de los libros y muy pocas de las asperezas y tropiezos de la vida, que como se sabe muy bien tiene para unos halagos de novia y gestos de suegra para otros, y darme el gusto de evangelizar como Jesús, yo que todavía no he redimido a ninguna mujer de sus locuras y extravíos, ni he curado de las tinieblas a ningún ciego, ni he puesto a andar a ningún paralítico

Si fuera preciso decir máximas de conducta me bajaría entonces para ofrecerle mi puesto a cualquiera de los maestros aquí presentes, que estos al menos realizan en parte los preceptos evangélicos, enseñando al que no sabe, es decir redimiendo de las sombras del error y la ignorancia, de la parálisis, causada por la incuria, y de los extravíos producidos por el medio y por la herencia, a las jóvenes inteligencias puestas bajo su tutela.

Yo no haría de predicador a ningún precio, que antes de este empeño doctrinario habría de ocurrírseme el de don Quijote, cuando se puso a redimir con sabrosas arengas y más sabrosos palos a los galeotes que encontró en su camino.

Y ya que de don Quijote he hablado, esto me lleva pronto y de perlas al término de mi asunto. Lo único que se me ocurre recomendaros es que conservéis, como hizo el autor de aquella divertida historia todo el tiempo que estuvo en la cárcel, el tesoro inestimable del buen humor, aun entre los aburrimientos y tristezas del encierro; que lo conserve quien lo tiene y que trate de conseguirlo quien

no lo posea. El dolor es un maestro cruel que conviene licenciar pronto—una vez recibida la lección—y sustituir con los malabaristas del ingenio y los saltimbanquis de la gracia. Hay que tomar ejemplo de aquel caballero extraordinario, «más versado en desdichas que en versos», que probó todas las amarguras del mundo, todas las durezas del destino y todas las miserias de los hombres, y que después de perder un brazo en Lepanto, vivir cautivo de los moros cinco años en Argel y cautivo de la miseria toda su vida en todas partes, va a una cárcel, no para escribir un libro de quejas y lamentos sino un tomo de bur-las y de risas. ¡Ah! Cervantes, nacido bajo un signo funesto, perseguido por una suerte enemiga y cruel, traicionado por los mismos a quienes quiso hacer bien, oscurecido por el rango en sus hazañas de guerra y por la soberbia y la envidia en sus proezas de genio, olvidado, él a quien debían recordar eternamente los tiempos venideros, Cervantes que tenía tantos motivos para lamentarse de sus penas y desdichas y para querellarse de su mala estrella, no emplea su pluma en los trances más duros y en los momentos más amargos, sino para hacerle cosquillas a los siglos y desternillarlos de risa!

¡Qué libro más admirable el suyo!, señores. Una historia de locuras que es una biblia de buen sentido, un tomo de infortunios que es un volumen de donosísimas ocurrencias y risueños escarceos, «una mina de pasatiempos» y un tesoro de humorismos!

Señores, acordáos de Cervantes cuando estéis tristes. Pensad que vuestra condición no significa la pérdida irreparable y absoluta de los fueros humanos y que cada uno de vosotros sigue teniendo un puesto debajo del sol. Ya llegará el día en que volveréis a vuestras casas para alegrar las últimas sonrisas de una viejecita o alumbrar con nuevos destellos de alegría los ojos llorosos de una compañera y de unos niños.

Vuestra vista, acostumbrada a la

monótona desnudez de estas paredes volverá a gozar entonces, como de un inusitado espectáculo, de los campos de esmeralda y de las montañas de zafiro, y vuestro corazón palpitará

contento como una campana de pascua.

Mientras tanto tratad de sonreír, siquiera ahora en presencia de tan lindas muchachas.

Algo de todo

Tome Ud. «este rollo de literatura patria», me dijo un amigo esta mañana, entregándome un fajo de periódicos. Viene oloroso a cosas del terruño.

—Tal vez sean aires del Tablazo o brisas de Cartago, le repuse.

—Cierzos querrá usted decir.

—No importa. Siempre serán menos fríos que las ráfagas húmedas del Sena y con aquella idea me llevé el regalo.

Pero he aquí que al abrirlo me sonrió una cara conocida: la Gioconda!

Confieso que comenzaba a olvidarla. París es un crisol donde se funde y acaba por evaporarse la memoria. Las sensaciones se suceden en él, rápidas y fugaces. Y no podría ser de diverso modo. Hay otras que esperan su turno lo mismo que las gentes en la taquilla de un teatro.

Aquí el entusiasmo y la desesperanza duran lo que el devaneo de una coqueta o el llanto de un niño, el ceño del odio es un rasgo borroso, la trompeta de la Fama, un clarín inconstante, los ardores de la polémica estímulos pasajeros, el esplendor del triunfo brillo fugaz, las inquietudes del Gobierno o las amenazas populares cosas de un día, la literatura y la moda, Chantecler y la Jupe culotte caprichos de una hora. Duelo y placer, apoteosis y descréditos, triunfos y derrotas, todo, hasta el Amor y la Muerte mismos desaparecen al punto en esta loca vorágine de formas y colores.

Cuán diferente la existencia en esa tierra, propicia al recuerdo como la cabeza de un abuelo! En ella tenemos todos tiempo para hacer añoranza del ayer y soñar un poco en la mañana.

El pensamiento está acostumbrado a recorrer un camino que aquí nadie conoce, un camino bordeado de rosas

otoñales y cipreses melancólicos, a lo largo del cual discurren sombras amables que desterró la muerte.

El pasado es, entre nosotros, un añejo vino con que restaura el corazón las heridas que el Destino le infiere.

Así la vida, resulta al cabo, algo como un antiguo viaje familiar: cada peregrino lleva, a guisa de manes protectores, un fresco ramo de reminiscencias.

En estos centros es un verdadero vértigo que enloquece y arrastra. Es preciso andar siempre muy ligero, y quien en San José podía dedicarse sin peligro a hacer filosofía al modo peripatético en mitad de la calle, aquí, para ganar una acera, debe dar más brincos que un saltamontes. Si fuera uno a meditar un segundo al tiempo de atravesar el bulevar correría probablemente la suerte del infortunado Curie.

Pero esto no lo explica todo. Lutecia es olvidadiza por temperamento. La inconstancia es un defecto de sus nervios, sus divino nervios que solo vibran por impresiones momentáneas, lo mismo que las cuerdas de una lira.

No obstante reparad con qué amor la quieren y con qué celo la sirven los cinceles prodigiosos, las paletas sabias, las plumas admirables, las voces milagrosas, los cuerpos encantadores y todos los que han heredado el don doloroso del genio o el privilegio envidiable de la hermosura. Ellos comprenden que Lutecia es más voluble que la ola, más ligera que el viento, más caprichosa que la nube. Ellos están seguros que ella no será nunca de nadie. Pero ellos saben también que una sola mirada de sus ojos es la consagración

mundial y que una sola palabra de su boca es la Gloria, y no quieren, no desean, no piden otra cosa, en premio de sus días sin par y de sus noches con frío, que el regalo de sus labios adorables.

¡Oh Suprema Inconstante! parecen decirle, igual que Verlaine a su fogosa amiga:

*Va, l'étreinte jalouse et le spasme
obsesseur ne valent pas un long baiser,
meme qui mente!*

Hace dos meses, recién descubierto el robo, no se hablaba de otro asunto. Los diarios ofrecían a la curiosidad general planas enteras de minuciosa información o publicaban los juicios conocidos sobre la obra capital de Leonardo (desde las antiguas noticias de Vasari hasta los ditirambos de Gautier); el público prefería a los dramas rocambolescos e historias escabrosas, las páginas que ha escrito un novelista esclavo sobre el Renacimiento italiano; el lápiz de los humoristas sacaba partido del tema para sus mordientes caricaturas en periódicos y anuncios; los vendedores de postales no se daban punto de reposo ofreciendo el retrato de la sonriente Monna Lisa; en los teatros los números de canto abundaban en alusiones *al rapto* y

hasta los pobres troveros ambulantes decían, ayudados de sus lamentables guitarras, el encanto de la divina fugitiva...

La sonrisa que después de cuatro años de trabajo, hizo florecer Leonardo como una extraña rosa de misterio en el rostro de la bella florentina, llegó a constituir casi una obsesión. No había lugar en cuyas ventanas no sonrieran los labios enigmáticos. París unánime se dolía de la pérdida de su tesoro artístico porque París amaba a la Gioconda. Quizá por las mismas razones que tenía Ruskin para aborrecerla: ella representaba el alma irónica y sutil de esta ciudad.

Todo eso ha pasado. Ya nadie habla de la Gioconda Lutecia no se acuerda de su querido retrato. Su corazón, antes apenado, ha vuelto a latir contento como un pájaro loco y sus ojos que hace poco nublaban las lágrimas, sonríen ahora, llenos de promesas, malicias y dulzuras a la formación de otras visiones.

En el primer momento, cuando desapareció la Gioconda, se dijo: he perdido mi sonrisa y se echó a llorar lo mismo que cualquier chiquilla romántica. Pero al rato recordó que le quedaba la suya....

Al partir el maestro Zambrana

El doctor Zambrana deja el sillón de la Magistratura que ha ilustrado con tantas proezas de talento, y después de seis lustros consagrados a la difusión de la cultura nacional, al progreso y mejoramiento de las instituciones patrias, a las desinteresadas devociones del arte, vuelve a tomar el bastón de peregrino que le acompañó en sus primeros pasos y que ahora parecía olvidado en la estancia de carriño que le hemos construído los costarricenses. Vuelve a emprender—defendida su cabeza pensadora por el yelmo de los años—los rumbos de una incierta peregrinación, cuando sus esfuerzos le tenían ganado el derecho

al reposo, cuando el afecto popular disponíase a asistir solcito, en pago de la deuda con el Maestro contraída, los desmayos de su vejez radiosa, esperando con doloroso interés la hora en que debía pedir al valiente caballero del Ideal, como reliquia de gloria o amuleto de prestigio, sus huesos, para abonar con ellos el suelo de la Patria y erigir sobre esa tumba un monumento a su memoria excelsa. Pero he aquí que los pequeños odios de bandería, los enconos añejos de pasadas campañas electorales, le niegan gozosos la cortesía que se le debe y que para otros casos, menos merecidos talvez, han dispensado con

largueza, y se apresuran a aceptar su renuncia sin la menor excitativa, sin la menor protesta de consideración a quien ayudó a construir en el país la fábrica armoniosa del Derecho y la casa de la Justicia.

Lo que el doctor Zambrana es, no hay necesidad de decirlo. Sus méritos resplandecen por todas partes y los servicios que a su esclarecida inteligencia y a su generoso empeño debe Costa Rica no los ignora nadie. Todo el mundo sabe que su verbo maravilloso es el clarín de oro que ha anunciado aquí las más nobles evoluciones del espíritu, las más admirables reformas de la legislatura, las más altas empresas del foro y de la prensa. Todo el mundo sabe que el doctor Zambrana ha operado en la República el milagro que dice el Génesis realizó la mano de Dios en las tinieblas del caos: Hacer la luz, dando a las inteligencias el obsequio de las nuevas ideas filosóficas, los nuevos credos estéticos, las nuevas orientaciones de la ciencia jurídica, y despidiendo con su pluma en el periódico, como la antigua Palas con su lanza, los mejores destellos que han iluminado el pensamiento patrio. Todo el mundo sabe que el doctor ha hecho más que el preceptor de que nos habla Horacio: ha sido la fragua donde se templaron los aceros juveniles para las batallas de la idea y al mismo tiempo una espada atrevida e inquieta en lucha contra todos los prejuicios y contra todas las injusticias. Todo el mundo sabe también que el doctor ha sido un pródigo. Pródigo de dos cosas: talento y corazón. Lo primero no lo deben olvidar sus mismos malquerientes de hoy, que ayer en los bancos de la Escuela, en la hoja periódica, en la tribuna, recibieron sus enseñanzas y ahora en pago de este beneficio ofrecen a su viejo

mentor las irritables descortesías de su ingratitud y los ridículos desvaríos de sus pasioncillas. Lo segundo lo saben cuantos han tenido necesidad en alguna ocasión de apoyos y estímulos. Su caridad es proverbial: los mendigos de esta ciudad lo pueden decir mejor que yo. Acaso ellos sean más agradecidos y nobles que muchos de los que campean en el tinglado de la política.

Maestro: cuando llegasteis por primera vez a Costa Rica traíais, ha dicho uno de vuestros discípulos, tres prestigios: la palabra, la juventud y el destierro. Hoy que pensáis dejarnos no lleváis sino el recuerdo todavía vibrante de una palabra elocuente y pintoresca, y las reminiscencia de una juventud gallarda e ilustre; el destierro es apenas un timbre lejano de gloria: lo habíais conquistado peleando por la libertad de vuestra patria. Pero si alguien os pregunta en otras tierras cómo habéis empleado esos privilegios, decid con orgullo: «Puse mi palabra al servicio de un pueblo, dediqué mi juventud en provecho de una nación, y ahora, después de magnífica labor, he salido de ella tan pobre como entré. Nunca quise traficar con los hechizos de mi talento ni con los sentimientos de mi ánimo. Milité siempre en la causa de la Verdad, del Bien y la Belleza, diosas para las cuales nunca tuvo «mi corazón más de veinte años». Más afortunado que los repúblicos de Atenas el odio de algunos no podrá decretar mi destierro del corazón de los costarricenses».

Ellos, saben, Maestro, que después del sol sois vos quien ha alumbrado más en Costa Rica, y no lo olvidarán jamás a despecho del tiempo y a pesar de los rencores personales y de la chatura intelectual de ciertos políticos de pacotilla. Os acompaña la simpatía de todo un pueblo.

“MUNDIAL” y “ELEGANCIAS”

son las dos más interesantes revistas que se publican en español.

Pídalas en la librería LECTURA BARATA.

En la fiesta de los obreros

(Fragmento de un discurso)

Por sobre las críticas inspiradas en un orden de cosas momentáneo y transitorio, lanzamos una vez ciertos conceptos que seguimos juzgando exactos y oportunos en cualquier tiempo, acerca de los elementos que componen la verdadera fisonomía de las nacionalidades. Contemplando el desprecio con que suelen mirar algunos de nuestros hombres de estado, la educación popular, la poca estima que tienen por los empeños del arte y de la ciencia, manifestamos resueltamente que la gestión puramente administrativa llevada a cabo por nuestros engreídos directores, no contenta todas las aspiraciones de las modernas democracias. No basta que los gobiernos perciban los impuestos, nombren los empleados de los diversos ramos de la administración, vigilen los varios servicios de policía, justicia, etc., abran de cuando en cuando un camino, construyan uno que otro puente y mantengan abiertas las mismas escuelas. Es necesario que se impongan de una manera cierta y formal la tarea de crear un pueblo culto, vigoroso y capaz de servir los altísimos intereses del espíritu humano.

El fomento de los negocios agrícolas y comerciales no debe constituir todo el programa de un gobernante moderno. Ello es apenas una preparación inicial, un abono necesario, un cuidado indispensable si se quiere del terreno, donde han de crecer las floraciones magníficas de la cultura humana. O empleando otra comparación más gráfica todavía: el carbón con que se mantiene encendida la hornilla en que hierve la retorta divina del pensamiento.

«Herbert Spencer, leemos en un eminente escritor uruguayo, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el

rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma despertada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observaba después que, en tan exclusivo predominio de la actividad subordinada a los propósitos inmediatos de la utilidad, se revela una civilización, como tarea preliminar de una cultura, pero que urgía ya rectificar, puesto que tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida, cuando él en ningún caso puede significar racionalmente sino la acumulación de los elementos propios para hacer posible el total y armonioso desenvolvimiento de nuestro ser».

En efecto, los Estados Unidos del Norte no habrían podido realizar el hermoso porvenir que auguraba el filósofo inglés, si sus ciudades hubieran seguido siendo únicamente inmensas factorías. Los millones extraídos de las grandes explotaciones mineras, el río de dólares en que se pactolizan los pastos de Kentucky y los granos de Ohio, tendrían hoy un empleo muy miserable si sólo sirvieran para mantener el lujo de unos cuantos millonarios. Pero por fortuna los Morgan y los Rockefeller no han pretendido monopolizar para la satisfacción de sus placeres y egoísmos la prodigiosa prosperidad yankee, y actualmente se levantan al lado de las usinas gigantes y de los enormes comercios, las universidades admirables donde enseñan los Emerson y los William James. En no muy tardado día podrá decirse, pues, del oro norteamericano lo mismo que se ha dicho «del oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas, el cual pagó, según Paul de Saint Víctor, los gastos del Renacimiento».

Hacer patria, decíamos nosotros en

1912, no es únicamente redimir una porción de tierra de una potestad extraña. Las naciones no están hechas el día que los tratados diplomáticos y las determinaciones geográficas les han marcado sus fronteras. La patria no es sólo una entidad geográfica sino también una entidad histórica, y el país que de verdad merece tal título, no lo es por la virtud única de las cartografías. Estas últimas no hacen sino limitar el terreno donde los espíritus activos y las manos emprendedoras deben levantar luego la sólida y majestuosa fábrica en que ha de guardarse, como precioso licor en fino vaso, el espíritu nacional. La patria tampoco es lo que se enseña en las escuelas; la tierra en que se confunden los huesos de nuestros mayores. Este concepto es apenas una mala figura retórica. No. La patria verdadera es otra cosa. Es el ambiente de ideas y sentimientos que crea con sus alientos comunes un grupo de hombres en un lugar determinado del planeta. Francia, por ejemplo, es más bien que la nación que sabemos limitada por el Mediterráneo risueño y el nebuloso canal, el discutido límite del Rin y el viejo Pirineo, el país donde resplandecen con fulgor cierto y continuo las más altas empresas del pensamiento y las más desinteresadas devociones del corazón. Los huesos que abonan el suelo galo no son propiamente los esqueletos celtas, sino los mármoles divinos de Idrac y los eternos bronce de Rodín, y la bandera francesa está tejida antes que con las sedas de Lyon, con los arreboles imaginativos de Víctor Hugo y las finísimas urdimbres filosóficas de Ernesto Renan.

Y así como dijimos de Francia ayer, podemos decir ahora de Italia, la fiesta de cuya unidad va a celebrarse dentro de muy pocos días. Italia no la componen solamente sus altísimas montañas, sus valles magníficos, sus dormidos lagos y sus mares rumorosos. Nó. El patriota italiano, estamos seguros de ello, tiene más cerca de su corazón la memoria de Manju que el

recuerdo de las vénetas lagunas, y prefiere el tomo en que cuenta sus peregrinaciones extraordinarias aquel terrible viajero del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso que se llamó Dante Alighieri, a las viñas toscanas y a los trigales de Campania. Sí. Italia es más bien que la península que figuró el artífice supremo de los mundos cual una bota inmensa, golpeando, como sobre un sepulcro, sobre la mitológica tierra de Sicilia, la patria del florentino excelso que encendió con el calor de sus pasiones los círculos infernales, donde todo vicio tiene su castigo y todo pecado su tormento, del bardo enamorado que creó con sus arrebatos y sus éxtasis de amor el cielo en que había de vivir, espléndida y eterna, su novia ideal; la patria de Leonardo, el pintor incomparable que retrató toda una época de hermosuras y refinamientos en una tela eterna y que puso todos los encantos del Renacimiento en la sonrisa sutil de su enigmática Gioconda; de Miguel Angel, el titánico imaginero de Sibilas y profetas, que padeció aquí abajo, según la feliz ocurrencia de un literato francés, las nostalgias de un dios desterrado entre los hombres; de Bocaccio que edificó a fuerza de ingenio y a golpe de carcajadas el palacio deslumbrador de la prosa italiana, de Petrarca, «a quien debió Laura el don precioso de haber recibido honores celestes en la tierra»; de Tiziano que dijo con su paleta los regocijos de la sensualidad y del Tasso que expresó con su lira divina las bellezas del heroísmo; la cuna, en fin, de Mazzini, el valiente conspirador ligurio que supo escribir con la pluma y el ejemplo los deberes del hombre y del ciudadano, y de Garibaldi, aquel héroe rubio como un Dios del Norte de quien dice el poeta que tenía melenas de león y fulgores de arcángel.

Eso, señores, es Italia. He allí por qué los hombres de todos los climas y de todos los tiempos se han descubierto siempre respetuosos ante la imagen de esa hermosa maestra de las artes y las letras, de esa generosa protectora

de la Poesía y de la Música, de esa madre nobilísima de tantos héroes y de tantos genios, más altos y majestuosos que sus montes y océanos. He allí por qué no desaparecerá jamás Italia de la mente y del corazón de las futuras generaciones aunque se confundieran sobre ella las aguas del Tirreno y del Adriático. Una sola armonía de sus compositores, un solo lienzo de sus coloristas, un solo libro de sus poetas y de sus sabios, abogarían por su gloria en los estrados del Porvenir.

Pensad en Italia, señores, pensad en ella los que creis que una nación puede discutir con ardor sus límites territoriales, y gastar miles y miles de colones para enmendar un laudo equivocado y restituir unas tierras al señorío de la República, mientras niega su auxilio al talento y al esfuerzo de sus hijos.

La patria no se hará demarcando el territorio y llenándolo de mieses. Así como cuando se construye una casa se tiene siempre en mente el propósito de fundar una familia, los gobernantes debieran pensar siempre que se afanan por darle fronteras a su país, en fundar un pueblo grande, vigoroso y fuerte. Quienes crean lo contrario no tendrían derecho a sonreír del insensato que fabricara una jaula de oro para un pájaro que no supiese cantar.

Precisa, pues, desechar el practicismo grosero que no quiere ver utilidad sino en el cuidado de una planta productora, en la explotación de un mineral, en la industria y el tráfico de los productos naturales que nos facilitan la existencia, y no se cura jamás del árbol humano cuyas flores y cuyos frutos tienen una belleza paradisiaca y un sabor divino, ni da ninguna importancia al pensamiento a cuyo servicio está sometida la naturaleza entera y a cuyo influjo cobra valor la creación toda.

La pluma del águila, pensamos, no fué nunca tan útil en las alas que cruzan el espacio como entre los dedos del pensador, la tinta con que la sepiá escapa a la persecución de sus

enemigos en las profundidades del océano, realiza un servicio más admirable todavía en las manos del pintor, las crines del caballo jamás tienen mejor empleo que cuando, convertidas en arco, hieren las cuerdas del violín; ninguna cosa, ninguna fuerza existe en el mundo que no resulte embellecida y santificada por el uso que haga de ella el talento de los hombres.

Con los países ocurre lo propio. Ellos no valen tanto por sus cultivos e industrias como por sus sabios y artistas, a pesar de quienes crean que la ciencia no es buena sino para procurarles comodidades a sus existencias sin ideal, y que el arte no tiene otro encargo sobre el haz del planeta y bajo la mirada de los soles, que facilitar sus digestiones de bestia sin sentimiento.

«La civilización de un pueblo, escribe el mismo publicista uruguayo a que nos hemos referido anteriormente, adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y sentir que dentro de ella son posibles, y el deber del estado consiste en predisponer los medios propios para provocar uniformemente, la revelación de las superioridades humanas donde quiera que existan».

Es preciso, señores, adoctrinar al pueblo en el nuevo evangelio de la cultura, enseñarlo a cantar los himnos supremos de la civilización en coro con los pueblos más adelantados del globo. Los jóvenes, hemos de repetirlo cuantas veces sea necesario, son siempre una fuerza renovadora e impulsiva que los gobiernos progresistas miran en todas partes con especial interés y simpatía. Los Estados Unidos, el Japón, Argentina, Chile, los países grandes como los pequeños entienden que uno de sus deberes más preciosos y uno de sus cuidados más importantes consiste en aparejar el camino de las generaciones nuevas. La juventud. He ahí el porvenir de los pueblos, la ruina de los errores y

prejuicios, la epifanía gloriosa de una mentalidad nueva y fecunda. Y puesto que los gobiernos no parecen oírnos, digámoslo otra vez. Es vergonzoso y criminal que un Juan Ramón Bonilla que ha sabido escribir en mármol el poema de la miseria y del cansancio, esté todavía aquí, dejado de la mano de Dios y de los hombres prácticos, ahogándose en un ambiente que no es propicio a sus ensueños y deseos, en lugar de vivir en un taller escultórico de Roma o de Florencia.

Es criminal y vergonzoso que Lisímaco Chavarría, un dulce cantor de la montaña, ebrio de luz y de armonía como un pastor de Teocrito, haya muerto de dolor y de miseria, sin haber salido nunca a cultivar los dones que le concedió el destino, en medios más cultos y perfectos, sin conocer Europa, a donde no van sino los privilegiados de la suerte, «los príncipes del cheque» o los favoritos de la casa presidencial.

Ideas exóticas, dicen sonriendo nuestros prohombres. Estas cosas no se avienen con nuestro medio. Yo contesto que esta es la distintiva del progreso. Si el progreso hubiera tenido que contemporizar con las creencias generales, no habría adelantado un paso el género humano. Todo adelante, ha dicho un filósofo, significa la negación de un punto de partida. La civilización es una aquí y en todas partes pues que siempre está compuesta de tres elementos indispensables: el amor al bien, el culto a la verdad y la devoción a la belleza.

Que mi criterio no está inspirado en el ambiente patrio sino en la lectura de publicistas europeos? Cierto. No se aprende «desinterés con los fenicios, delicadeza con los escitas e inteligencia con los beocios».

Los cristianos de España figurábanse asistidos en sus luchas contra los moros, por la espada del Apóstol Santiago. Nosotros, los combatientes modestos de la ciencia y del arte, si nos lanzamos a la batalla contra los egoísmos groseros y las soberbias estulticias, es fortalecidos por la noble son-

risa de los pensadores y la consoladora mirada de los poetas. Algunos grandes espíritus hacen más: prestan a nuestro empuje la lanza y el escudo con que lucharon en vida.

Nuestros enemigos suponen que nos ponen en apuros denunciando que a veces vamos al combate armados con esos aceros sagrados.

Pero esto complace más bien nuestro orgullo batallador. ¡Mover en la lucha la clava formidable de Taine o de Carlyle! Qué mayor honor podría soñar nuestra fantasía?

Y ahora que digo soñar, quiero contaros para terminar un lindo sueño que tuve hace poco. Sueño? Sí; sueño debe ser, pues a pesar de su apariencia histórica no estoy seguro de su autenticidad. Por el contrario, lleno como se halla de anacronismos, tiene toda la sutil fragilidad de los cuentos con que nos regala a veces el hada maravillosa que llamamos Noche.

Cuando los atenienses exigieron a Fidias que hiciera de oro y marfil la estatua de Palas, el escultor imaginó el medio de permitir la probable utilización de aquel metal en ciertos casos apurados, sin alterar en lo más mínimo la forma del ícono sagrado. Dispuso ingeniosamente las piezas internas de la estatua, pues sus orgullosos compatriotas habían decidido que fuera sólida, de modo que pudieran sacarse cuando las necesidades de Atenas tuviesen que echar mano de ese último recurso.

El caso previsto por Fidias no se hizo esperar mucho. La ciudad había declarado la guerra no recuerdo si a los rudos lacedemonios, a los mesenios inquietos, a los escitas bárbaros o a los beocios estúpidos. Probablemente a estos últimos. Un muchacho llamado Amintas que frecuentaba el trato de los sabios y los poetas, de quien se contaba que una tarde había sorprendido al mismo Sócrates con preguntas muy sutiles y objeciones muy finas, fué a ofrecer a la Patria los esfuerzos de su brazo y los ímpetus de su corazón. Pero faltaban armas y dinero con qué comprarlas. Las obras

de la Acrópolis y las guerras de Pericles habían dejado casi exhausto el patrimonio de la República. Fué necesario echar mano del tesoro de la Diosa, para armar al nuevo soldado.

Los atenienses volvieron victoriosos. Habían vencido al enemigo. El joven guerrero había realizado proezas que hicieron sonreír varias veces de contento los labios de la victoria. Orgulloso y sonriente, el ejército entró en Atenas entre himnos de triunfo y aclamaciones de alegría. Pero no bien hubo pasado el agasajo con que la ciudad recibió a sus defensores, Amintas pensó en llevar su escudo triunfante y heroico para que, una vez fundido, pudiera fabricarse de nuevo la pieza que había tomado en préstamo a la diosa. Con este pensamiento se dirigió a casa de Pericles. Durante el camino, la Tristeza le hizo compañía: hubiera querido conservar todo aquello que recordara sus riesgos y empeños por la Patria.

Pericles recibió con sorpresa las palabras del muchacho, y tomando el escudo, le rogó le acompañara. «Ven, vamos a pagar esta deuda de Atenea». Salieron a la calle. El sol regocijaba la tierra con una cálida lluvia de diamantes, y la atmósfera tibia y diáfana comunicaba a los seres y las cosas un brillo inusitado. Recorrieron varias calles y comenzaron a subir hacia la ciudadela sagrada. El joven estaba sorprendido. Qué iría a hacer Pericles con su escudo a la Acrópolis, donde no existía ninguna fundición? Sin embargo continuaba caminando, callado y tímido, sin atreverse a perturbar el silencio de seguro fecundo del viejo protector de la ciudad. La frente espaciosa del orador y estratego sutilísimo parecía, en efecto, arrugada por una extraña gestación de ideas. Probablemente busca a Fidias para encargarle el cuidado de la restitución, pensó Amintas. Tal vez esté el escul-

tor concluyendo algún trabajo en el templo.

Traspusieron los Propileos y se encaminaron al hermoso santuario de mármol que el genio ático había construído para hospedar a la divinidad tutelar. Un retórico explicaba a un niño, por qué en las esculturas del friso, Apolo se vuelve con un gesto de amable curiosidad hacia Poseidon. El dios lírico, decía, gusta de curiosear en los dominios profundos del océano, y los poetas, agregaba, han seguido en esto los gustos de su tutor celeste, acostumbándose a arrullar sus sueños con el rumor solemne de los mares.

Pericles y su compañero penetraron en el templo, mudos de respeto, y se dirigieron hacia la Diosa que, grave y serena, empuñando con una mano la triunfadora lanza, parecía penetrada de la devoción de que era objeto. Pericles se acercó a la estatua con el orgullo sencillo de quien lleva en las manos un regalo de gloria o una ofrenda de eternidad, colocó tembloroso el escudo al pie del pedestal, y volviéndose a la Diosa, le dijo: tómalo, es tuyo; está hecho con el oro de tu entraña. No tiene adornos pero vale tanto como las rodela de los héroes homéricos cuyos discos resplandecientes como soles, estaban ilustrados con la historia de los dioses. Este muchacho lo ha ennoblecido con pensamientos dignos de esos dioses y hazañas dignas de aquellos héroes. Y luego a Amintas: —Embrázalo una vez más, es tuyo también. El joven lo cogió, pálido de emoción. ¡Cuántos recuerdos de heroísmo, cuántos impulsos de entusiasmo, cuántos deslumbramientos de gloria no debía sugerirle aquel radioso testigo de sus luchas! Y puso sobre la rubia lámina un beso que pareció encenderse como un destello de sol. Su rostro había tomado en aquel momento supremo una sencilla y al mismo tiempo grandiosa majestad.

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra
Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.

No parecía sino que el olímpico metal guerrero dignificando sus rasgos con estatuaria apostura y dando a su mirada la fijeza de una reflexión metálica, hubiera nimbado su fisonomía con una aureola de apoteosis. Sintió por

un instante un dulce desmayo, un suave desvanecimiento. Cuando alzó la vista le sonreía un dulce fulgor de esmeralda que era como una tranquila irradiación de esperanza: las pupilas de la Diosa.

Mistral y el Conde de Perigny

Escribo estas líneas bajo una impresión de regocijo.

La velada de antenoche resultó una hermosa fiesta. Es natural que así fuera. A más de la fama del conferencista, había el atractivo especialísimo del tema: Federico Mistral y su obra literaria. Podía haberse anunciado al público esta conferencia con la misma frase con que comienza uno de sus más lindos cuentos aquel ingenioso molinero provenzal que se llamó Alfonso Daudet: *C'est de la fine fleur de farine provençale qu'on va vous servir cette fois, en la seguridad de que la palabra fácil del Conde Perigny habría realizado la promesa. Mas él quiso hacernos el obsequio sin encarecer su precio, como conviene a un gentil hombre de su estirpe y de sus condiciones. Razon de más para que estemos agradecidos a este noble caballero, todo inteligencia y entusiasmos, que en momentos angustiosos en que el pan diario nos llega amasado con la agria levadura de gárrulas politiquerías, ofrece a nuestros apetitos de ideal, sonriente y generoso, el trigo divino de la poesía.*

En efecto, el señor Perigny nos ha presentado en una forma sobria y elegante, el cuadro completo de la tierra gentil del sol y las cigarras, la silueta venerable del viejo patriarca de Maillane, las figuras inmortales de sus poemas, en una palabra, el hechizo sin igual del leyendoso Midi galo. Su conferencia es de verdad una evocación magnífica del país ardiente, cuyas bellezas ha encarecido Mistral con el prestigioso encanto de sus versos. Tan penetrado está este disertador de nuestros bosques, de las ins-

piraciones del viejo felibre y de las hermosuras del cielo y de la tierra provenzales, que no nos parece posible hacer el elogio de su alocución, apartando el pensamiento de esta tierra y de aquel cielo. Hemos de decir por lo tanto que el discurso de antenoche es lucido y espléndido como los veranos que maduran las naranjas de la Cote d'Azur, o acendran el aceite de los olivares de Aix, vibrante y sonoro como un pino de las Alpillles, sencillo y delicioso como una arlesiana de quince años, claro y abundante como las aguas del Ródano, cálido, del calor del entusiasmo, como la inmensa llanura alucinante que necesitó atravesar Mireya para ir a implorar a las tres Marías favor y protección para sus anhelos de virgen enamorada. Lo mismo que en plena Camarga hay también en la conferencia de Perigny espejismos cuya fábrica inconsistente y sutil parece hecha con el humo de las quimeras; igual que en el delicioso valle, donde arrullaron los sonetos de Petrarca el dulce sueño de su novia ideal, fluyen también en aquélla, fuentes de aguas vivas y cristalinas.

Como mano maestra que repinta las líneas borrosas de un dibujo, el Conde ha hecho surgir en mi memoria con extraordinaria nitidez los recuerdos que conservo de la expedición que hice en Provenza. Mientras le oía he vuelto a ver Avignon, la vieja sede de los papas, con sus murallas y su castillo soberbio, Arles, la antigua colonia de Roma, con sus Arenas enormes, sus Alysescamps melancólicos, su fastuoso teatro y su encantador San Trofimo; Les Baux, ciudad construida toda de granito, donde el estrago de

los siglos ha podido reducir a ruinas el torreón antiguo del antiquísimo manoir de los condes, asiento en otro tiempo de una corte de amor; Maillane y la casa del poeta, Saint Remy y las antiguallas romanas, Aix y sus iglesias y fontanas. Y con los recuerdos del viaje, vuelven también las reminiscencias literarias.

Desde luego Mistral: su sólo nombre evoca la historia de hazañas y prodigios del pobre pescador de anchoas a quien el amor transformó en un héroe de leyenda, el idilio de la muchacha de la granja de las Almezas enamorada de un cestero, los primores líricos de las Islas de oro. En seguida Roumanille, tierno felibre nacido en un humilde *mas*, que comenzó a componer versos en el dialecto materno para obsequiar el gusto de su madre que no sabía francés; Aubanel el autor de la *Granada entreabierta*, «libro inmortal de pasión y desesperanza» y uno de los mejores frutos de las letras meridionales; Daudet, cuyo molino alza todavía sus aspas en una colina como si quisiera jugar con la tramontana y el mistral y cuyos cuentos tienen todavía embrujados a los buenos gustadores de arte. Difícil será en efecto, olvidar la multitud imaginaria que puebla las montañas y llanuras de Provenza y hace la gloria de los herederos prestigiosos de la lengua de oc, de los continuadores actuales de las tradiciones caballerescas, de los nietos de aquellos trovadores que alentaban con sus cantos los desmayos de las princesas reclusas.

Desde el hada Esterelle hasta la bruja de Baux, desde el viejo pastor de caballos del Vacarés, cuyo tesoro guarda la yerba que mata y la yerba que cura, hasta el pastorcillo que cuida ovejas en el Luberon y sabe todos los secretos de las estrellas y todas las maravillas del cielo, desde la rencorosa mula del Papa hasta la cabrita del señor Seguin que prefirió el riesgo del lobo a los rigores de la cuerda, todas estas creaciones e inventos tendrán vida eterna. Literatura admirable, ésta que ha tenido por único inspirador el más bello sol del mundo, y que vivirá tanto como viva «aquel celeste diamante de vida», bajo cuyo patronato han puesto su estro los poetas provenzales y los artistas que escribiendo en francés hablan de cosas y costumbres provenzales.

Mistral, principalmente, es un ejemplo de esta devoción astral. El vive de lo que muere Mireya: del sol. De su genio podemos decir nosotros lo que él dice de la cigarra: C'est le soleil qui la fait chanter. Su aureola de bardo es un nimbo solar, el más hermoso destello del cielo de su patria y su obra poética un himno constante y entusiasta al sol que madura los frutos y hace enloquecer de amor a las muchachas. Toda ella parece aun candente y luminosa como si acabara de salir de la fuente de su origen... Si quisiéramos designarla con un título general sería fácil encontrarlo. No habría más que ponerle el del himno que el mismo Mistral compuso para los orfeonistas de Avignon: la canción del sol.

Mi adiós al Conde León

El viejo León ha muerto! Hacía tiempo que tenía ganado el eterno reposo. Se va después de una larga existencia llena de meditación y de dolor. Caso de longevidad magnífica que recuerda las vejeces radiosas: Homero, Gladstone, Hugo, Tiziano.

Sencillo como Homero, austero y

noble como Gladstone, generoso y arrebatado como Hugo, incansable como Tiziano, así ha sido el gran Conde. Pero a diferencia del cantor ciego que iba a entretener el aburrimiento de los palacios con el épico elogio de los héroes amados de los dioses, cuyas caídas estremecen la tierra en los exá-



metros de La Iliada, Tolstoy ha acordado su lira sólo para cantar la fatiga del minero, la escasez del campesino, la pena de los obreros sin pan, la tristeza de los hogares sin fuego...

Su voz tampoco se ha hecho oír cual la del político inglés en los fastuosos parlamentos. Siempre se ha alzado desde un oscuro villorio de Rusia.

El día que se decidió su vocación de apóstol, abominó sus anteriores obras de indudable mérito artístico mas sin trascendencia social, y abandonando la torre de marfil que le deparaban la fortuna y los privilegios de nobleza, fué a poner su pluma, pincel maravilloso, al servicio exclusivo de un sueño de amor y redención. Desde ese momento no quiso contemplar y pintar otra cosa que la miseria, musa que jamás tuvo sugerencias para el proyecto pintor de los patricios orgullosos y las espléndidas dogaresas.

Su mano poderosa no ha soltado la

pluma sino al golpe de la Muerte. Allí queda una dilatada labor de publicista y luchador para ejemplo de las generaciones venideras. Allí queda también el recuerdo de su vida santa como la de un cenobita, solitaria y enorme como la estepa, gris como el cielo de su Rusia...

¡Corazón generoso que supiste latir unísono con los dolores todos de los hombres, alma valiente y fuerte que no perdiste ocasión de enfrentarte a los soberbios y a los altos, Profeta del amor y la solidaridad humanos, maestro y amigo de los humildes y los caídos, duerme en paz. Tu nombre es y será eternamente para ellos una pica de revolución y un lábaro de esperanza!

Al igual que en las ingenuas leyendas bíblicas que encantaron tu senectud piadosa, los pobres, los desheredados, los haraposos encontrarán ahora que te has ido, viejo León, en el secreto de tu pecho un panal de miel...

Leyendo Ariel

Por nada es tan simpática la revolución social que se prepara, como porque facilitará la cultura de las masas. El obrero, el trabajador de los campos, el hombre oscuro dejará de ser una máquina o un esclavo del surco y podrá pensar y soñar... Tendrá derecho a lo que llama alguien: los ocios nobles, privilegio ahora de una casta.

Nada es tan doloroso, dice Carlyle, como considerar que existe hoy un gran número de individuos en cuyos cerebros no ha germinado nunca una idea. En efecto, si fuésemos a inquirir el objeto de la vida de las gentes, no serían pocas las que nos dirían, como el campesino de Iowa, que ese objeto se reduce, en su concepto, «a sembrar maíz para engordar cerdos y hacer dinero, para sembrar maíz, engordar más cerdos y hacer más dinero.»

Hay, es preciso decirlo, muchas conciencias que duermen en una sombra más espesa que la noche, y en un

vacío más asfixiante que el de la campana de una máquina neumática.

Y esas conciencias no pueden permanecer así. ¿Qué razón hay para que en la sociedad se eternice el monopolio odioso del pensamiento?

Esas muchedumbres que los grandes llaman impuras, son yacimientos de carbón que esperan convertir su negrura en irradiaciones de diamante.

El culto del Ideal no debe ser el patrimonio de unos cuantos, igual que el fuego de Vesta, guardado por las vírgenes selectas. Hay que trabajar para que llegue a ser una devoción universal.

Cuán diferente es el esclavo egipcio agobiado por las cargas de sus amos y verdugos, al ateniense curioso y decididor, que escucha las enseñanzas del Pórtico o las arengas de la Agora, comprende los prodigios y hechizos del arte y se aventura en las especulaciones de la razón. El primero no ha dejado otra cosa que las Pirámides, enor-

mes tumbas donde duermen las momias de los Faraones soberbios. El segundo nos ha legado, en cambio, el Arte, la Filosofía, la Ciencia, «los grandes intereses del alma», en una palabra.

Pues bien, la humanidad no ha podido emanciparse todavía de la ignorancia.

Se le exige el sentido moral a fin de

poner a cubierto la tranquilidad y el dinero del burgués, pero se descuida su inteligencia, incapaz para las averiguaciones de la Verdad y los mirajes mágicos de la Belleza.

Y mientras el hombre no pueda completar su educación y comprender la vida en todos sus aspectos, la reedición del pueblo es una mentira ridícula o una ironía cruel.

El doctor Ferraz

Costa Rica tiene puesto ahora todo su pensamiento en un anciano modesto y sencillo que hasta aquí había venido viviendo, lejos de vanos ruidos y efímeras exaltaciones, en la dulce paz de las bibliotecas y en el grave silencio de la meditación. Espectáculo simpático que nos trae a la memoria los antiguos relatos de Oriente, en donde los pueblos volvíanse, respetuosos y devotos, hacia los viejos solitarios, para honrar con frescos gajos de laurel sus sienes pensativas.

Costa Rica tenía una cuenta que saldar con el doctor Ferraz. Pero los días pasaban consolidando sus méritos y abriéndole su cabeza con la radiosa blancura de las canas, sin que nadie pensara en pagar aquella deuda.

El doctor, por otra parte, entretenido en sus eternas lecturas ni siquiera había pensado en recordárnosla. Metido toda la vida entre sus libros, en un país y en un tiempo en que son tan pocos los que conocen el camino de la biblioteca, la silueta del Maestro había venido a ser como una de esas nobles figuras de Puvis de Chavannes ante cuya austeridad de líneas y suavidad de tintas se siente pasar un soplo de antigüedad.

Mas hubo una ocasión en que el doctor, dejando la vieja compañía de sus clásicos con cuyas sombras elíseas se ha pasado la existencia en un sabio tete a tete, alzó los ojos del libro que estaba leyendo, talvez el armonioso Homero o el dulce Virgilio, y absolvió con palabras sabias de advertencia

y consejo la consulta que sobre un asunto actual de vivísimo interés le hizo la opinión pública. Entonces comprendimos todos que el casco de cabellos blanquecinos que cubre la cabeza del Maestro, no era un viejo yelmo de rezago, una antigualla de museo, sino una aureola magnífica y radiosa hecha de destellos de nobleza y de talento. Todos supimos entonces que don Valeriano no era un simple fantasma del pretérito, y que si bien es cierto que ya contaba bastantes motivos a la gratitud nacional por la obra que había realizado en sus buenos tiempos de Profesor, todavía tenía fuerza y ánimo para ganar nuevos triunfos y adquirir nuevos méritos con qué presentarse una vez más a la consideración pública.

Este octogenario admirable nos ha probado que él no sólo vive en el recuerdo de nuestras instituciones de enseñanza, sino que es capaz a estas horas de llamar a juicio, al buen juicio es decir, a nuestros más flamantes pedagogos.

Algunos de nosotros podemos decir, sin embargo, que no nos ha sorprendido esta hermosa revelación. Hace tiempo frecuentamos el trato de este anciano y siempre hemos sacado de sus conversaciones más contenido y provecho que de los gárrulos paliques de muchos jóvenes. Nosotros sabíamos de su vivísima y constante espiritualidad, de su ingenio lleno de luces y sorpresas, de su don de palabra fácil y variada, de su imprescrip-

tible ardor por el estudio, de sus entusiasmos por todas las tareas del pensamiento y de su ilustrada devoción por las letras. Cuantas veces nuestra animosidad juvenil nos ha llevado a dignificar, dentro de la modesta extensión de nuestros alcances, los nobles empeños del arte y de la inteligencia, hemos encontrado en él una voz de aliento y un signo de aprobación.

De mí sé decir que mi respetuosa admiración por el doctor no se diferencia de la que tenían los judíos de la leyenda por el Cid Campeador. No sólo creo que don Valeriano puede alternar con ventaja en los debates actuales sobre educación, sino que es

capaz también de ganar batallas después de muerto. Alguna vez volveremos a tomar el camino que él nos ha señalado con latín y griego y todo lo demás.

El domingo próximo, una linda señorita, por encargo del país, va a ilustrar con una medalla de oro la académica levita del viejo educacionista. Van a decirle también dos hermosos discursos y tendrá que sufrir además una lluvia de felicitaciones y agasajos. Dios lo proteja de los cariños populares y ojalá pueda estar el lunes otra vez entre sus libros tan queridos.

Hagámosle pronto silencio para que siga leyendo.

La reina Godiva

Una de las más hermosas leyendas de Inglaterra será la parábola magnífica que explique nuestro intento: La ciudad de Coventry hacía tiempo venía sufriendo el peso de ominosas contribuciones. El rumor del descontento general, el clamor de la multitud expoliada, traspuso un día las puertas del Palacio del Conde Leofric, dueño, tirano, señor de aquel feudo. Lady Godiva, la dulce y bondadosa compañera de aquel caballero de hierro, intercedió al cabo por los pobres y desalentados trabajadores de Coventry. Era preciso reducir los impuestos. La intercesora compasiva puso en la súplica todo el suave halago de sus labios y toda la persuasiva caricia de sus ojos, pero el duro Leofric no quiso acceder sino a condición de que la honesta Lady saliera desnuda, a caballo por la ciudad. Godiva no titubeó ante tan extraño capricho, y despojándose de sus vestidos, salió a cum-

plir su compromiso, desnuda y espléndida, sin más adorno que su linda cabellera de oro, tratando de cubrir sus senos de diosa con sus manos pequeñas de pastora. Los vecinos de Coventry, según parece, le hicieron el sacrificio de su curiosidad, sacrificio enorme sólo comparable a la belleza que sus ojos se negaron a ver. Todos cerraron a la visión tentadora las ventanas de sus casas.

Pues bien, la Verdad es la buena reina Godiva, intercesora de los pueblos, para cuyo provecho debe salir siempre que la justicia padezca eclipses y la bondad sufra reveses, espléndida y desnuda sobre un potro de rebeldías. Sí, desnuda y animosa sobre brioso corcel. Y que nadie le haga sacrificio ninguno. Que nadie cierre las ventanas de su casa, cuando pase altiva y radiosa en su cabalgadura de truenos y relámpagos.

MARIO SANCHO

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 6 de la última página. Le interesa.

Imprenta y Librería Alsina

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERIA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

BLASCO IBÁÑEZ, V.

<i>En el país del arte.....</i>	¢ 0.75
<i>Cuentos valencianos.....</i>	0.50
<i>La Condenada.....</i>	0.50
<i>Arroz y tartana.....</i>	1.75
<i>Flor de Mayo.....</i>	1.75
<i>La Barraca.....</i>	1.75
<i>Entre naranjos.....</i>	1.75
<i>Sónica la cortesana.....</i>	1.75
<i>Cañas y barro.....</i>	1.75
<i>La Catedral.....</i>	1.75
<i>El Intruso.....</i>	1.75
<i>La Bodega.....</i>	1.75
<i>La Horda.....</i>	1.75
<i>La maja desnuda.....</i>	1.75
<i>Oriente.....</i>	1.75
<i>Sangre y arena.....</i>	1.75
<i>Los muertos mandan...</i>	1.75
<i>Luna Benamor.....</i>	1.75

GORKI, MÁXIMO

<i>Los exhombres.....</i>	0.50
<i>En la prisión.....</i>	0.50
<i>Los bárbaros.....</i>	0.50
<i>Los hijos del Sol.. . . .</i>	0.50
<i>Entrevistas.....</i>	0.50
<i>En América.....</i>	0.50
<i>Albergue de noche.....</i>	0.50
<i>Escritos filosóficos y sociales</i>	0.50

KROPOTKINE, PEDRO

<i>La conquista del pan....</i>	0.50
<i>Palabras de un rebelde..</i>	0.50
<i>Campos fábricas y talleres.....</i>	0.50
<i>El apoyo mutuo, 2 tomos.</i>	1 00

LORENZO, ANSELMO

<i>El Pueblo.....</i>	0.50
<i>Vida anarquista.....</i>	0.50

NIETZSCHE, FEDERICO

<i>Así hablaba Zaratustra. .</i>	¢ 0.50
<i>La gaya ciencia.....</i>	0.50
<i>El Anticristo.....</i>	0.50
<i>Aurora.....</i>	0.50
<i>El caso Wágner.....</i>	0.50
<i>El origen de la tragedia..</i>	0.50
<i>El viajero y su sombra..</i>	0.50
<i>La genealogía de la moral.</i>	0.50
<i>El crepúsculo de los ídolos.</i>	0.50
<i>Más allá del bien y del mal.</i>	0.50
<i>Humano, demasiado humano.....</i>	0.50
<i>Ecce-Homo.....</i>	0.50

ZOZAYA, ANTONIO

<i>El huerto de Epicteto....</i>	0.50
<i>El libro del saber doliente.</i>	0.50
<i>Por los cauces serenos...</i>	0.50

RUSKIN, JUAN

<i>Las piedras de Venecia, 2 tomos.....</i>	1.00
<i>Las mañanas en Florencia.....</i>	0.50
<i>Las siete lámparas de la arquitectura.....</i>	0.50

VOLTAIRE

<i>Diccionario filosófico, seis tomos</i>	3.00
---	------

BAROJA, PIO

<i>El tablado de Arlequín..</i>	0.50
---------------------------------	------

POSADA, ADOLFO

<i>Pedagogía.....</i>	0.50
-----------------------	------

DIDE, AUGUSTO

<i>Miguel Servet y Calvino.</i>	0.50
<i>La leyenda Cristiana...</i>	0.50

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDE CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|--|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos,
Fedor Dostoyeuský |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstói | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstói |
| REY EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré ejemplar.....

Nombre Dirección